



AMORA ILUSTRADA

REVISTA LITERARIA SEMANAL.

DIRECTOR
DON URSICINO ALVAREZ MARTINEZ
 DIRECCION: SACRAMENTO 2.

REDACTOR Y ADMINISTRADOR
DON ANDRÉS ALONSO
 ADMINISTRACION: PLAZUELA DEL SALVADOR 38.

REDACTORES
 Don Cesáreo F. Duro.
 Don Casimiro Erro.
 Don Manuel A. Narbon.

Don Mariano Perez.
 Don Joaquin del Barco.
 Don Adrian Navas Diego.

TOMO II.
 PRECIO DE SUSCRICION:
 3 reales al mes.

Lamara 26 de Julio de 1882.

NÚMERO 13.
 ANUNCIOS
 A PRECIOS CONVENCIONALES

DECORADO DE LA DIPUTACION.

SUMARIO.—GRABADO. Figura de D.^a Urraca, (Decorado de la Diputacion provincial).—TEXTO.—Crónica general, por D. M. Alonso Narbon.—A Cándida, (poesia), por D. Andrés Alonso.—Cuento que no es cuento ó verdades que paracen cuento, por D. Faustino Gomez Carabias.—¿Qué miedo! (poesia), por don M. Alonso Narbon.—Mi porvenir y yo, por D. Adrian Navas Diego.—El espejo, (fábula), por D. Adolfo Fernandez Martinez.—Nuestro grabado, por D. U. Alvarez Martinez.—Locuciones provinciales (continuacion) por don Joaquin del Barco.—Notas y noticias.—Tertulia.—Anuncios.



CRÓNICA GENERAL.

Tanto y tan alto han gritado estos dias nuestros vecinos los portugueses con motivo de la ya célebre Salamancada, que han enronquecido, callándose por fin.

Era de esperar.

Pero ved lo que es el juicio humano. Mientras los más fogosos patriotas hacen gárgaras para combatir la laringitis adquirida por fatigar imprudentemente los pulmones, otros, para hacer más pronunciado el contraste, aplauden y festejan lo mismo que los primeros han censurado.

¿Quien tendrá razon? Los que á impulsos de una susceptibilidad exagerada hasta el punto de convertir en bufo el sentimiento respetable de la pátria independendia, fingen ver ó creer les hacen que hay un peligro inminente para ésta en la concesion votada por las Cámaras, ó aquellos que, alejados del mercado de la política, ven en la realizacion de las obras proyectadas un aumento de bienestar futuro?

Sueñan los primeros que España trabaja incesantemente para anexionarse el reino lusitano, y esta idea, en ellos fija, excita su bilis y prorrumpen en denuestos y acusaciones contra nosotros y contra todo lo que con nosotros se relaciona, inventando fábula-



FIGURA DE DOÑA URRACA.

las ridículas para cohonestar su actitud y dar rienda suelta al encono de que alardean más de lo conveniente.

Conserven y defiendan enhorabuena su independencia, cuando realmente la vean amenazada, pero guárdense de herir con sus gritos y alharacas nuestra susceptibilidad, porque de seguir acentuándose la antipatía que sin ton ni son nos manifiestan, harán, por fin, germinar en nuestro seno el antagonismo, planta maldita que, en interés mútuo, trabajar debemos para que no arraigue ni fructifique.

* *

Después del bombardeo y de los incendios que han reducido á escombros la ciudad de Alejandría, el mundo entero, que con interés creciente ha leído el relato de catástrofe tan espantosa como inesperada, aguarda ansioso el desenlace de la tragedia que lentamente sigue desenvolviéndose á orillas del mar Rojo.

Mientras los actores preparáanse á sostener la justicia de su causa por medio de las armas, la diplomacia suscribe una nota invitando al Sultán á intervenir en Egipto para restablecer el orden, arreglar la Hacienda y reorganizar el ejército.

No en absoluto niégase el Sultán á los deseos de los diplomáticos europeos, pero las negociaciones que han de entablarse para fijar las bases y los detalles de la intervencion, durar pueden hasta las kalendas griegas, eonocida como es la repugnancia de aquel á desempeñar semejante cometido.

Y en verdad que no es ni muy honrosa ni apetecible toda vez que, por desconfianza, que nos parece justificada, las tropas turcas estarían bajo las órdenes del kedive, cuyo poder está por Inglaterra limitado, sinó absorbido. Ni á los ojos perspicaces de esta podía ocultarse que el espíritu del ejército otomano, más que á intervenir en la cuestión egipcia, tiende á favorecer la causa sostenida por Arabi-Bey.

Por esto sin duda, sin aguardar la contestacion del Sultán, que sería una evasiva, ha tomado, de conformidad con Francia, el partido de intervenir, resolución que nos parece harto política, pero muy poco respetuosa para la Conferencia cuyas decisiones, después de reunirla, tiene en tan poco.

La conferencia, pues, no tiene ya objeto, y sus resultados previstos estaban de antemano.

La razón de la fuerza ha comenzado ya á estas horas á dar sus acerbos frutos.

De todas partes llegan refuerzos á los beligerantes, y dados los medios de que disponen los unos, y el fanatismo de los otros, la lucha promete ser larga y sangrienta.

¿Quién obtendrá la victoria?

Solamente Dios lo sabe.

Todo, sin embargo, hace presumir que, dados los poderosos medios de destrucción de que disponen las disciplinadas fuerzas de las naciones aliadas, los egipcios, por sí solos, no resistirán largo tiempo.

Pero ¿no se propagará el incendio más allá de las fronteras del Egipto?

¿Consentirá Turquía que se atente á sus derechos, nuevamente reconocidos por la Conferencia?

¿Cuál será la actitud de los representantes de esta, y cual las de las naciones no representadas?

Problemas son estos de difícil resolución.

Los celos, el egoísmo de los gobiernos europeos, más atentos al propio engrandecimiento que á los intereses de la civilización cristiana, han contenido otras veces el derrumbamiento del imperio otomano, mancha que por espacio de tantos siglos afeando viene la orla del manto del cristianismo.

Si estas complacencias continúan, si estos celos persisten y cada cual trabaja en pro de sus intereses, la

guerra tomará proporciones gigantescas, reproduciéndose á cada momento, aunque aparentemente se concluya.

Pero si la Europa, renunciando á toda idea de predominio injusto; si respetando los intereses de todos, conviniera en una acción común, con el pensamiento noble y levantado de llevar al suelo, teatro hoy de la lucha, los beneficios de la civilización verdadera, entonces, la guerra que comienza y cuyo fin el ojo más perspicaz no logrará vislumbrar, tendría término perentorio, con inmensas ventajas para todos, cualquiera que fuese la extensión que tomara.

Tal es nuestra creencia.

MANUEL ALONSO NARBON.

Á CÁNDIDA.

Hablando ayer con un prójimo
te ví pasar por la *Cárcaba*,
y contemplándote impávido
me pareciste simpática.

Seguí tras de ti impertérrito;
te hablé, te pusiste pálida,
y tuve el inmenso júbilo
de galantearte, Cándida.

Y aunque te muestres incrédula
y hasta me tildes de trápala,
te juro por San Nicéforo
que ya te adora mi ánima.

Aquella ilusión magnífica
que sentí al verte,—¡no es fábula!—
se ha convertido de súbito
en una pasión volcánica.

No soy en amores práctico
ni entiendo niña de cháchara,
pero te ruego solícito
que no te muestres tiránica.

Otórgame un sí que célico
haga mi existencia plácida,
pues ésta pasión tan íntima
merece un poco de lástima.

No me des un *no* fatídico,
pues si te lo escucho, Cándida,
me producirá el tiránico
efecto de una cantárida.

ANDRÉS ALONSO.

CUENTO QUE NO ES CUENTO, O VERDADES QUE PARECEN CUENTO.

Allá por los años en que, con mi libro debajo del brazo, acudía á las aulas de la célebre Universidad de Salamanca á oír ciencia, como entonces se decía, en la carrera literaria que por las circunstancias decidí seguir, para que un día me proporcionase el *modus vivendi* en la sociedad, tuve la feliz ocasión de conocer y tratar algo á una notabilidad de esta provincia de Zamora, muy digna, en mi pobre concepto, de hacer mérito de ella en esta Revista, siendo así que todos los días nos da á conocer una ó más de las innumerables que ha tenido esta esclarecida comarca española. Me refiero al célebre P. Maestro Pascual (1) á quien tanto se respetaba y aun veneraba en aquel centro del saber, apellidándole con el nombre de *Biblioteca ambulante*, que aunque mote al parecer, es un mote que tanto enaltece al que supo merecerlo, de sabios é ignorantes, por su insondable pozo de ciencia y

(1) Fraile dominico en Salamanca, doctor de su Claustro y natural de Corrales en esta provincia de Zamora.

por su memoria más que prodigiosa. Su fama se hizo campo en todas partes y era consultado con frecuencia de otros no menos sabios, como Obispos, Arzobispos, Patriarcas y hasta del mismo Roma; y como su extrema amabilidad le hacia asequible á todas las clases, hubo en estas quien, abusando quizá, acudía á él, ya por curiosidad, ya por entretenimiento ó ya por tentar su paciencia, y, entre otros, se le presentó cierto dia un picaruelo estudiante, que le dice con aparente modestia y fingida urbanidad: P. Maestro, hace tiempo que me atormenta la duda de si hay infierno; he leído mucho de lo escrito en pró y en contra de su existencia y ni aquello ni esto me satisface, razon por la que deseo y suplico á V. que con su autorizadísimo parecer me diga si hay ó nó infierno. El venerable fraile zamorano, que á pesar de su sencillez, no pudo ménos de comprender la astucia del consultant, despachó á este de una manera instructiva y provechosa, diciéndole: «Mira, hijo, obra bien, porque haciéndolo así, te librarás del infierno si lo hay, y si no lo hay nada has perdido, porque de obrar bien jamás se pierde.» El travieso estudiante, avergonzado y confuso, se retiró, despues de besar la mano á aquel humilde religioso, meditando tan lacónica como profunda contestacion del sabio, que, conociendo su astucia, no le quiso desvanecer la aparente duda; pero sí darle una leccion de sana moral y de pura honradez.

Pues bien, á ese sabio, á ese prodigio de universales conocimientos le oí decir al hablar en cierta ocasion con un sér para mí muy querido: «Mira, J..., los refranes antiguos son Evangelios chiquiticos.» Aunque un chico-lo yo, y no sé si por la mucha estima en que tenia sus palabras, vista su fama, ó porque me chocara la manera gramatical del diminutivo *chiquiticos*, muy propia de esta provincia, que hace ó termina en *ico* los diminutivos, que en la *nia* y otras suelen hacerse en *ito*, diciendo *chiquitito* en vez de *chiquitico*, lo cierto es que lejos de olvidarme de aquella verdad, la he tenido muy presente, y en numerosas ocasiones al oír, recordar ó leer refranes me he fijado y visto que en efecto, si los desmenuzamos y analizamos oportunamente llegamos al convencimiento de que son pequeños Evangelios, ó, como si dijéramos, verdades innegables.

Así es, y entre los innumerables adagios de esta, como su tierra clásica de Castilla, hay uno que dice: *Genio y contestura hasta la sepultura*. Fijate en él, lector, y escucha mi cuento, que no es cuento, ó mi verdad, que parece cuento, comparando este con los dos casos prácticos, que te ofrezco á tu análisis y aplicando tus observaciones á la sentencia, llamémosla así, del V. P. Maestro en que afirmó que los refranes antiguos son Evangelios chiquiticos.

En un pueblo de esta misma provincia (creo que el natal de referido Padre) habia un honrado artesano de genio alegre, decididor y oportuno, que al fin de una larga y penosa enfermedad llegó al dintel de la muerte, cuyo solo contacto, amén de los dolores y molestias de tan triste situacion, parece habian de modificar el natural genio del paciente. Cuando este se hallaba en la agonía y muy próximo á dejar las cariñosas afecciones de su esposa, familia y amigos, oyó á uno de sus hijos que, preguntado en una pieza inmediata por otro vecino sobre la situacion ó estado de su padre, contestaba en voz baja y conmovida: ¡Está muy mal, es cuestion de momentos, y lo que sentimos es que se va sin decir *chus* ni *mus*! Entonces el enfermo llama con gran trabajo á su mujer, y la dice: deseo que vengan todos los hijos, porque quiero hablarles. Vuela la afligida esposa á la habitacion inmediata en que están aquellos, diciéndoles: Padre os llama; quiere hablaros á todos. Se levantan como movidos de un re-

sorte, cruzando por su imaginacion la idea de que en lance tan apurado querría comunicarles alguna cosa importante, ó darles algunos consejos, como en tales casos acontece. Rodean el triste lecho y los varones con sombrero en mano como señal de respeto, y las hijas bañadas en lágrimas, conteniendo sus sollozos, observan que alzando el moribundo su cabeza y alargando su cuello les dice: ¡*Chus, mus*! No direis ahora que vuestro padre se va de este mundo sin decir *chus* ni *mus*; nada más. Entonces los hijos, no riéndose, porque el caso no era risible, exclamaron interiormente: *Genio y contestura hasta la sepultura*; y se apartaron para oír, como efectivamente oyeron, en la pieza inmediata, y momentos despues, el rechinamiento de aquel edificio que se derrumbaba á impulsos de la muerte.

En otro lugar de Campos, no muy lejos de esta provincia, existía un labrador tan honrado como chistoso y oportuno tambien, que llevaba sincera y cordial amistad con el escribano que allí ejercía su profesion y con el carnicero que abastecía á la poblacion é inmediatas del objeto de su comercio. Acometido el labrador de un grave y dolorosísimo padecimiento, durante el cual el escribano y carnicero, sus amigos, le visitaban y consolaban con frecuencia, y el enfermo desahogaba en ellos su corazon, haciéndoles encargos graves para despues de su muerte; habiendo este empeorado en su mal, hubo necesidad de administrarle los consuelos de la Religion, y entonces los amigos frecuentaban más sus visitas, cuando en una mañana se agravó tanto que por momentos espiraba, y entonces hizo que sacándole con su misma cama de la alcoba al medio de la sala en que esta se hallaba, colocado en la mitad mandó poner una silla á cada lado de su cabecera y que con toda urgencia viniesen sus dos amigos. Avisados prontamente, llegó primero el carnicero, y despues de un casi mímico saludo, le mandó el enfermo que se sentara en una de las sillas, y al hacerlo llegó el escribano, que se sentó en la otra, persuadidos ambos que tal vez quisiera variar su ya formalizado testamento ó hacerles algunas advertencias más amplias que las que ya les habia hecho. Despues de un buen rato de silencio, y viendo el escribano que el tiempo se pasaba y tal vez urgía, se atrevió á interrogarle, diciéndole: Vamos; amigo, ¿qué es lo que á V. se le ofrecia? Vea V. en qué más podemos complacerle.—Sí, ya, ya; y con gran trabajo continúa diciéndoles el enfermo: pues amigos míos, mis momentos son muy cortos, voy á morir en breve, siento ya el contacto de la muerte, y habiendo vivido como buen cristiano, sirviendo á Dios, he llamado á ustedes porque ya que en vida he imitado á Jesucristo mi Redentor en mis sufrimientos deseo imitarle tambien en los últimos momentos, muriendo aquí entre dos ladrones, como él murió entre dos ladrones en el calvario. Se miraron mutuamente los aludidos y como heridos por un rayo se levantaron ambos, corren á la calle sin despedirse, como alma que lleva el diablo, y al salir del dintel de la puerta detiene el carnicero al escribano, amostazado como su compañero, y le dice: ¿Pero no vé V. qué ocurrencia la de este hombre? Nada, nada, contestó el escribano, este hombre siempre lo mismo; *Genio y contestura hasta la sepultura*; y andando, andando, oyen á poco y al llegar á sus casas que las campanas de su iglesia anuncian la agonía y muerte del apreciable labrador.

¡Cuán cierto es que los refranes antiguos son Evangelios chiquiticos!

FAUSTINO GOMEZ CARABIAS.



¡QUÉ MIEDO!...

«Cuando, á consecuencia de las matanzas de Bu-Amena el Gobierno español envió á las aguas de Oran un buque de guerra, ese buque debió ser recibido á cañonazos.»

«L'INDEPENDENT,»

Liando estaba el petate para irme á tomar baños con los vencejos, que marchan al Africa por Santiago, cuando, al envolver un dulce en un papel, con espanto, del «Independent» los fieros lei... y quedeme extático.

—«Si tales baladronadas—me dige—lanza el gabacho contra su cara amigueta, malum signum, malo, malo.»

«Estate quietito en casa, que el barómetro anunciando tempestad está, y afirman que anda sin cadena el diablo, que montes y mares cruzan águilas y leopardos, ganosos de hincar las uñas en los míseros gazapos, y podrán en el Estrecho salirte aquellos al paso y darte ignorada tumba, en vez de gustoso baño.»

Y aquí me tienen ustedes, de miedo el quilo sudando, despierto, como dormido, con el francés, ¡voto al chápiro! como sueña con el coco el parvulito, soñando.

No iré yo al mar, no, señores: aquí pasará el verano viendo cómo se reparten del Egipto los guñapos los que, á pretexto del órden, entre ruinas enterrado, en ayuda del Kedive fueron... para ser los amos.

Pero no hay niña bonita que, pretendiéndola varios, causa inocente no sea de rencillas ó de escándalos, y es de temer llegue un día en que la envidia, cruzando por medio de las escuadras de los amantes bizarros, logre que el ménos sufrido dé la voz de—¡Zafarrancho!—y el canal de Suez se obstruya de los buques con los cascós.

No será España ¡ay de mí! quien se cubra con el manto que lucieron Faraones en un tiempo ya lejano.

Espectadora pasiva del drama que ha comenzado con un prólogo, debido al Almirante británico, vera escena tras escena y despues de uno otro acto, hasta llegar al final, ora bufo, quizás trágico, inmóvil en su butaca, con el rostro entre las manos, á veces, á los actores, otras, al cielo mirando, sin censurar ni aplaudir, en su interior lamentando que á sus hijos un papel no les haya el Autor dado.

Pero no quiso. ¡Paciencia!

Sufriremos que un menguado, al vernos alicaídos, ¡ay! se permita insultarnos, sin recordar que es España la Nación del Dos de Mayo, el pueblo á quien no se imponen una docena de hulanos, como tampoco se impuso el Caporal de los galos.

Pobres somos, es verdad; que, á ser menos desdichados, el agua nos bailarían «L'Independent» y otros guapos. Pero el general No-importa es nuestro fiel aliado y con él y nuestro aliento, de todo aunque estemos faltos, á cualquier son que nos toquen, prontos á danzar estamos.

Sólo Dios, impunemente puede, á su antojo, humillarnos, que, vanamente los hombres muchas veces lo intentaron.

Mas la fortuna es voluble y tal vez no esté lejano el día en que sus desdenes nos pague en dulces halagos.

Entonces, lo que nos falta hoy para ser respetados, ofreceremos, gustosos, al buen franchute, por blanco.

Si muestra empeño, hasta Orán iremos, seor gabacho, á invitarle nuestros buques á que barra á cañonazos.

Pero no lo hará: antes bien los suyos y algun esparto generoso nos dará de Saida por aquel saldo. Abur: hasta entónces, ¿eh?... Memorias á los prusianos.

MANUEL ALONSO NARBON.

MI PCEVENIR Y YO.

RECUERDOS DE UN DIFUNTO.

Un día dijo mi alma á mi cuerpo:

—Despierta, haragan; debemos apresurar la marcha porque vamos muy despacio.

—¡Otra te pego! refunfuñó mi cuerpo entre dientes.—¿Quiere V. dejarme en paz, señora mía?

—¿Qué significa esa insolencia? Arriba digo, y hable cuando le pregunten al descarado.

—Bueno, señora, bueno: dijo mi cuerpo despreczándose con mucha calma. No se enfade V. por eso y departamos en amor y compañía como dos amigos leales. Vamos á ver, ya estoy en pié.—¿Qué novedad ocurre?

—Ocurre la novedad de que me canso de andar poco.

—Permítame V. que le haga una observacion. Se me figura que eso no tiene nada de nuevo. Si el papá Adán se hubiera contentado con andar á paso de buey, sin apresurarse por conseguir lo que no le importaba un ardite, otro gallo nos cantaría á todos. Con que ya vé V. si el negocio tiene fecha.

—Es que yo no puedo sufrir esta pesadez. Para nosotros no se han inventado sin duda los ferro-carriles.

—¡Por vida del ocho de bastos! Ni al diablo se le ocurre semejante barbaridad! ¡Cansarse de andar poco cuando á mí me gusta tanto no andar nada!

—¿Volvemos otra vez á las insolencias?

—No señora, sino que cada cual ..

—O acaso tratas de oponerte á mis resoluciones?

—El Señor me libre, amen. De carne y hueso me ha hecho Dios para servir á V.

—Eso es lo que tú sueles olvidar con frecuencia.

—Travesurillas, señora, travesurillas de poca importancia. Solo que... (y mi cuerpo se puso en actitud pensativa) si pudiéramos, una vez siquiera desde que andamos juntos, conciliar nuestros intereses...

—Dificilillo lo veo, contestó mi alma, torciendo el gesto.
 —Veamos: me ocurre una idea.
 —¿Y desde cuándo se permiten los cuerpos tener ideas?
 —¡Canastos! Mire V. que es fuerte asunto!... ¿Han de ejercer ustedes siempre el monopolio? Déjeme desembuchar, y después hará las observaciones que le plazcan.
 —Desembucha y no tardes.
 —Mi idea es que V. se largue al paso que quiera y á donde tenga por conveniente acompañada del venerable caballero *Tiempo*, que para esto de acompañar se pinta solo, y yo me quede en santa paz y sosiego tumbadito en la cama de mis años, porque, francamente, señora, me hacen muy poca gracia las galanterías de ese señor *Tiempo*.
 —Hola! hola! caballero; ¿me propone V. una separación? Se me quiere V. declarar independiente?
 —Yo diré á V.; para vivir en paz me parece que...
 —Pero ¡desventurado! gritó mi alma con acento lúgubre: ¿sabes a dónde te conduciría la realización de semejante proyecto? Sabes que si tú y yo nos separamos...
 —¡Ay! tiene V. razón, señora mía; soy un bárbaro; no había dado en ello, contestó mi cuerpo cayendo de su burro.
 Yo que había escuchado esta conversación sin darme por entendido y que había temblado al oír las proposiciones *separatistas* de mi cuerpo recobré completamente la tranquilidad merced á la negativa de mi alma.
 Dí á esta las gracias con un buen apretón de manos, y á mi vez tomé la palabra con toda la dignidad de mi carácter.
 —Señor cuerpo, dígame; tendrá V. la bondad de obedecer puntualmente las órdenes de mi alma. De lo contrario me veré en la precisión de no satisfacer los gustos de V., y entonces quien más pierda que se queje.
 —Si, pues como yo dé en enflaquecer, murmuró mi cuerpo algo mohino.
 —Esa amenaza es estúpida. A ver, pruebe V. á ponerse más flaco de lo que está.
 Convencióse mi cuerpo de que era inútil toda resistencia y se preparó á seguir el camino que quisimos indicarle mi alma y yo.
 Advirtamos de paso que mi cuerpo, mi alma y yo somos tres cosas distintas y un solo hombre verdadero.
 Todos tres nos pusimos en marcha montados en el corcel de la *ilusión*, impulsados por el viento de la *esperanza* y arrastrados por la locomotora de los *deseos*.
 Con esta genticilla cualquiera se puede figurar el paso que llevaríamos.
 Baste decir que en ménos que canta un gallo nos plantamos en la región que llaman de la *Juventud*, donde todo era risueño y bullicioso, más bullicioso que risueño, merced á la reina que gobernaba aquel país, la cual, sino me es infiel la memoria, llevaba por nombre *Intranquilidad*. Aquella encantadora región era fantástica y alegre como la locura. El placer se desbordaba por todas partes, manifestándose en convulsivas carejadas que parecían ser el lenguaje de la verdadera dicha.
 Allí no hicimos más que almorzar, porque estaba prohibido permanecer largo tiempo.
 Harto lo sentía mi malandante cuerpo que había sido tratado en aquellos lugares como persona régia y se encontraba á las mil maravillas.
 Apesadumbrado y todo, no tuvo más remedio que tomar el *tole* en nuestra compañía y galopar como alma que lleva el diablo.
 Para desahogar su cólera soltó al aire la sin hueso y exclamó, tratando inútilmente de contener la carrera del corcel:
 —Pero se puede saber á dónde demonios vamos con este trote que me tiene zarandeado y molido más que pelota en manos de un muchacho?
 —A mí nada me duele, hermano, respondió mi alma; y sepa, pues lo desea saber, que vamos en busca del *Porvenir*.
 —¿Y quién es el señor *Porvenir*? ¡Tengo unas ganas de cogerlo para atizarle cinco ó seis mogicones por los malos ratos que me hace pasar!...
 —Cállese el sucio *materialista*, y respete á los que valen más que él.
 —Vamos, doncella *espiritual*, no me tiene usted la paciencia porque está buena la masa para hacer tortas.
 Fatigado de sus interminables cuestiones y temeroso de que vinieran á las manos por cualquiera de sus tonterías, resolví meterlos en caja, prohibiéndoles hablar de allí en adelante, reservándome yo exclusivamente esta facultad.

Así, pues, tomé las riendas del vigoroso corcel y abandoné mis brazos de los más dulces sueños de la vida, el amor, la amistad, la gloria, me lancé por la senda que el destino me marcaba y corrí afanoso á buscar mi porvenir.
 Volaba delirante dejando tras mí bellísimos países, como los cuadros de un panorama que cruzan rápidamente ante los ojos del asombrado espectador.
 Valles donde se gozaba de una primavera eterna; colinas con verdes mantos de musgo salpicadas de flores silvestres cuyas corolas eran blandamente movidas por las frescas brisas de la montaña; bosques frondosos en donde la naturaleza virgen se mostraba en toda su robustez y energía, todo pasaba por delante de mí como los fantasmas encantadores de un sueño de amor.
 De pronto una luz que brillaba en el lejano horizonte vino á herir débilmente mi vista.
 Era la luz de mi porvenir.
 Dirigí hácia ella mi corcel con la velocidad del rayo y aguijoneado por la esperanza pude acercarme á aquella luz que era el objeto de mis afanes.
 Observé que la llevaba un ángel de aspecto sombrío, cubierto con una túnica negra.
 Entonces me vino á la memoria que muchas veces había oído asegurar que el porvenir solía ser oscuro.
 Quise alcanzarle, pero el ángel comenzó á andar con la misma rapidez que yo, guardando siempre entre los dos una distancia igual.
 —¿A dónde me guías? le grité.
 —¡Sígueme! oí que me contestó.
 Obedecíle con la ceguedad del que ha llegado á entrever lo que busca, y continué mi carrera tras la luz del porvenir que alumbraba mi camino.
 Ya íbamos trasponiendo la región de las *Ilusiones* y acercándonos á la de los *Desengaños* cuando entre mi guía y yo se interpuso una mujer.
 Era la realización de mi ideal.
 Era aquella á quien yo debía entregar mi corazón y dedicar mi existencia.
 Sus dulcísimos ojos negros hablaron á mi alma, y mi alma la contestó con un suspiro de amor.
 —¡Oh amada mía! bendita seas; tú eres la felicidad que yo soñé. Vivamos; la vida nos sonríe.
 Y embriagado por tanta dicha dígame á mi porvenir:
 —Basta; detengámonos aquí donde reina la ventura.
 —Sígueme, repuso implacable mi porvenir.
 E impulsado entonces por la fuerza del *Tiempo*, le seguí, abandonando la región de las *Ilusiones* para penetrar en la de los *Desengaños*.
 A medida que me internaba en aquel país, sentía helármeme por grados el corazón.
 El frío de la *Realidad* atravesaba mis huesos, ¡Pobre cuerpo mío! ya no se desplegaban sus labios! los padecimientos le habían robado hasta la energía para quejarse!
 Mi alma había agotado su vitalidad en las regiones que atrás quedaban y un profundo pesar la traía melancólica y triste.
 Yo seguía corriendo tras mi porvenir.
 A poco llegué á notar que mis cabellos comenzaban á encanecer.
 Mis piernas temblaban.
 El miedo de la vejez paralizaba la sangre de mis venas.
 —¡Basta! ¡basta! volví á gritar á mi porvenir.
 —Aún nó! contestó; demos algunos pasos más.
 Y seguimos atravesando bosques y valles y colinas y países.
 —Pero todo árido! ¡Todo triste!
 Al fin cesó la carrera.
 Mi porvenir estaba á mi lado.
 —Hé aquí! dijo; y me indicó en el suelo una pequeña fosa.
 —¿En dónde están los encantos, la felicidad que yo buscaba en tí? le pregunté desconsolado.
 —Todo en esa fosa, me respondió; es lo único que puedo ofrecerte!...
 —¿Lo único!...
 —Sí, el sepulcro; lo que ofrezco á todo el mundo.
 ¿Habías tú de ser una excepción en el género humano?

EL ESPEJO.

(FABULA)...

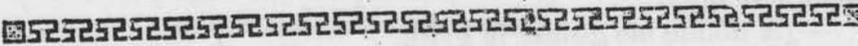
A un espejo se miró
Luisa, creyéndose bella;
mas no, cual quisiera ella,
hermosa en él se encontró.

Vueltas al espejo dió:
y variando de postura,
recursos cien mil apura;
pero, en su luna esplendente,
siempre el espejo, patente,
mostró su mala figura.

En estratagemas vanas
gastaba su tiempo Luisa,
ya estudiando una sonrisa,
ya tiñéndose las canas.

Si alguna vez te engalanas
con falsa benevolencia,
no te valdrá tu insolencia;
que, con la verdad conforme,
tu imagen verás, deforme,
reflejada en tu conciencia.

ADOLFO FERNANDEZ MARTINEZ.



NUESTRO GRABADO.

Después de siete siglos que han trascurrido desde que la infanta D.^a Urraca vivió y gobernó en Zamora, aún anda su nombre tan identificado y unido con el de la ciudad, que la de ella es indudablemente la primera figura histórica que conocen los que en la población nacen. Desde muy niños escuchamos aquí y aprendemos ese nombre que se nos hace tan extraño, y entre los campos de nuestras travesuras de muchachos nos acostumbramos á designar el Arco de D.^a Urraca, así como cuando se habla de la antigua y noble Zamora se la nombra por antonomasia la ciudad de D.^a Urraca. Corren unidos ámbos nombres en las más respetables historias, en los más sentidos romances, en los dramas del antiguo teatro y aun en el siglo actual no se ha olvidado todavía este poético maridaje que para denotar el estacionamiento en que creía á Zamora, dijo cierto escritor en una de las mejores comedias contemporáneas.

Que según lo pobre y flaca
Que la vemos en el día
Parece que todavía
La gobierna D.^a Urraca.

Y es que entre las páginas notables que registra la historia de nuestra ciudad, una de las más populares y conocidas, á pesar de ser acaso la más antigua, se señala principalmente en la época en que la infanta, cuya figura significa hoy nuestro grabado, tuvo bajo su gobierno, por disposición postrera de D. Fernando I, su padre, el que se llamó infantado de Zamora. Y en aquellas arriesgadas circunstancias, el valor, el sufrimiento, la hidalguía y lealtad de la ciudad se acrisolaron de tal suerte, se hermanaron tan maravillosamente con el ánimo y cariño de su reina y fueron ocasión de tan conmovedores sucesos que las musas populares llevaron á todas partes los altos hechos de la ciudad, los juglares entretuvieron mucho tiempo las veladas de los señores cantando las hazañas y sucesos del cerco de Zamora, y las historias narraron con especial detenimiento estos acontecimientos que, interesado vivamente, el sentimiento del pueblo guardó grabado de una manera indeleble á través de los siglos el recuerdo del ánimo de la reina y de la abnegación de la ciudad.

Pasó en Zamora la infanta Urraca gran parte de su

juventud al cuidado del viejo guerrero D. Arias Gonzalo, por especial encargo de su padre el rey D. Fernando, á la vez que también moraba, aún mozo, en la ciudad, el que había de ser espejo de la caballería española, el buen Rui Diaz que después se llamó el Cid. Muerto el rey, dividiéronse los estados entre sus cinco hijos, tocando á D.^a Urraca el infantado de Zamora que gobernó con el consejo del anciano D. Arias y con el cariño entusiasta del pueblo al que la infanta, por su parte, amaba también con sin igual ternura. Una prueba terrible de este recíproco amor preparaba el destino al pueblo y á la reina. D. Sancho, hermano de Urraca, mal hallado con la división que su padre hizo del reino, después de arrancar á D. Alfonso y D. García sus estados, vino sobre la humilde dote de D.^a Urraca, codiciada joya, sin embargo, por su fortaleza y situación.

Largo sería este artículo si hubiera de detallar los acontecimientos del cerco, el mensaje del Cid, la muerte alevosa del ambicioso Sancho, la traición de Dolfos, el palenque de los hijos de Arias, la conferencia interesante y conmovedora del pueblo en la torre del Salvador, asuntos todos que merecen especiales capítulos y que hemos ido ya describiendo en otros trabajos. Pertenece á nuestro propósito de hoy solo recordarlos, porque en ellos mostró la reina la entereza de su carácter y la sabiduría de su conocimiento, justificando el dictado de sabia y entendida dueña que la da la Crónica del Cid, probó su amor á la ciudad mostrándose muy condolida de sus desgracias y queriendo antes perder de buen grado su herencia que ver morir por su defensa y amor á sus vasallos que empeñados en perder sus vidas, en sufrir hambres y desdichas antes que dar á otro la ciudad que por disposición paterna pertenecía á Urraca rivalizaron con ella, en grandeza, en generosidad, escribiendo con su sangre una gloriosísima página que es el blason más honroso de la ciudad y del que parece que la misma Providencia premiando tanta grandeza ha querido conservarnos á través de los siglos un recuerdo material de aquellos gloriosos hechos con el arco de D.^a Urraca testigo permanente de tales prodigios de generosidad, energía y sufrimiento que ha desafiado á los siglos y que por desgracia no resistirá á las utopías del indiscreto odio que muchos tienen á esas que llaman ridículas antiguallas.

Fué D.^a Urraca tan hermosa de alma como de cuerpo al decir del Padre Flores; tuvo dotes de gran virtud y gobierno, amante de su pueblo y de sus hermanos en cuyas luchas evitó más de una vez que se mancharan de sangre fratricida y D. Alfonso consultó muchas veces á su prudencia en las cosas árdidas de la gobernación de los Estados; vivió como mujer religiosa y se mantuvo soltera respetando también en esto la voluntad de su padre D. Fernando. Aunque así como á su ciudad de Zamora muchos la atribuyeron haber tenido parte en la muerte de D. Sancho, los hechos y las crónicas en general lo rechazan como podríamos demostrarlo con testimonios irrecusables si pudiéramos disponer de mayor espacio que el destinado á dar una sucinta idea del tipo de que tratan estos apuntes.

El pincel del reputado artista Sr. Padró al trazar el magnífico decorado del Palacio provincial la representación de las figuras y asuntos más importantes de nuestra historia local, ha incluido el tipo de esta heroica matrona como justo recuerdo de una reina tan solícita y prudente y de una dama tan virtuosa como bella. De su pintura, perfectamente entendida y realizada, es trasunto el grabado de este número, rindiendo así nuestro semanario un homenaje á la memoria de aquella y un aplauso al artista que supo con acertada mano representarla.

U. ALVAREZ MARTINEZ.

LOCUCIONES PROVINCIALES.

CONTINUACION (1)

- Aforrar*, enfadar, disgustar.
Agrion, se dice generalmente cuando se ausenta uno de la familia y tiene deseos de volver á ella.
Dar el agrion.
Alfayarse, Ingeniarse para salir de alguna dificultad ó para buscarse la vida.
Alicar, castigar, maltratar.
Amarraco, nombre que se dá á los tantos en el juego del mus.
Buchina, depósito de aguas para el riego de huertas.
Busetto, herramienta de zapatero que sirve para lustrar la suela.
Botrillo, vejiga rellena de carnes.
Cacha, Cayada.
Cagalita, cagarruta. Excremento del ganado lanar.
Calandria de collar, alondra que se diferencia de las demás por tener un cerco negro en el pescuezo.
Chaperon, entre los albañiles cuando hacen una obra de poca importancia.
Chicarro, zapato de niño.
Chumiza, Persona que tiene la cara muy delgada.
Chusco, pedazo de pan.
Coresear, entre los cazadores cuando canta el macho de perdiz.
Corvillo, trinchante que usan los zapateros para cortar la suela.
Cuña, el hueso que está en el interior de algunas frutas.
Cuños, alzas que usan los zapateros para ensanchar el calzado.
Currusco, cantero de pan.
Empajada, pienso de paja envuelta con salvado que se dá á las caballerías.
Empinado, da. Orgulloso.
Esmurriarse, caer al suelo haciéndose daño en la cara.
Guaja, granuja.
Hociconá, golosa.
Ir en piernas, se dice de la persona que no lleva medias puestas.
Manida, se dice generalmente de la carne que está muy pasada ó echada á perder.
Mayo, pelele espetado en un palo que ponen en las huertas para espantar los pájaros.
Merino, el encargado de legalizar las pesas y medidas.
Morcajo, trigo mediano.
Morro, (Estar de) estar incomodado.
Nasear, comer.
Ochaca, medida de granos ó sea la mitad de una fanega.
Pagar la quartilla, convite que hacen pagar los mozos cuando otro va á rondar á alguna moza del barrio.
Perrera, viñedo que tiene muy pocas cepas.
Peto, mandil de badana que usan los aprendices de zapatero.
Picaporte, llámase también al moño que gastan las mujeres.
Piñerino, yerba finísima que se cria entre montañas de pizarra y de la que se hacen brochas para encalar las paredes.
Piscolavis, pequeño alimento.
Pizpierno, el trozo de la pata de cerdo que queda unido al jamón.

(1) Véanse los números 6, 9, 10 y 11 de esta revista.

- Rajones*, entre los zapateros, los pedazos de suela.
Rodadura, orla interior que tienen los vestidos de las mujeres, á la extremidad y al rededor de ellos.
Ruleta, herramienta de zapatero que sirve para adornar los tacones de las botas.
Tasca, taberna.
Tornadera, instrumento que usan los labradores para dar vuelta á la mies trillada y para alargar los haces al que está encima del carro.
Trola, mentira.
Trolero, embustero.

JOAQUIN DEL BARCO.

NOTAS Y NOTICIAS.

La segunda función que en el teatro de Ayala celebró la Sociedad dramática «Latorre» fué verdaderamente digna (e los muchos aplausos que obtuvo. Las señoritas Blanco y Estéban estuvieron acertadísimas en sus respectivos papeles y los señores Gomez, Fernandez, Martinez, Blasco, Cabrerizo, Moreno y Graceli, nada dejaron que desear en los suyos, saliendo el público complacido del espectáculo compuesto de las tres preciosas piezas en un acto «Cuestion de temperamento», «La mujer de Ulises» y «El que nace para ochavo...» Los actores fueron llamados varias veces á la escena entre ruidosos aplausos.

La orquesta dirigida por el conocido profesor Sr. Berdion y compuesta de los señores Silva, Iglesias, Alonso, Martin, Plaza, Coca y Aparicio ejecutó como sinfonía la preciosa gavotta de Arditi y en los demas intermedios variadas piezas que fueron con justicia aplaudidas.

BERTULIA.

CHARADA.

A la *prima* con *dos* llega
 quien enamorado alcanza
 que colme un sí sus deseos
 como premio de sus ansias.

Y si acaso un *argos* madre,
 en su contra se declara
 y al ángel de sus amores
 sigue á balcon ó ventana,
 yo me atrevo á aconsejarle
 que con disimulo haga,
 con mi *tres* y *dos* al punto,
 como yo, mi *dos* y *cuarta*.

Pues en verdad que no tiene
 malditísima la gracia,
 que ponga en acción mi *todo*:
 cual hice yo veces tantas
 para en mi *tercia* y *segunda*,
 decir con frase galana
 á mi adorado tormento
 que es el alma de mi alma,
 y que mi amor se malogre
 por no hacer mi *dos* y *cuarta*.

I. P. E.

Solucion á la charada del número anterior.

FRECIENTADORA.

ADVERTENCIA.

Nuestros abonados nos dispensaran al recibir el presente número con retraso. Causas ajenas a nuestra voluntad han impedido repartirlo á su debido tiempo.

ZAMORA.—1882.

IMPRESA DE JOSÉ GUTIERREZ GARCÍA.

Doncellas, 3.

DIRECCION:
Calle del Sacramento núm. 2.

SECCION DE ANUNCIOS.

ADMINISTRACION:
Plaza del Salvador 38.

HIJOS DE PUGA

Fabricantes de aguardientes, licores,



atañías y vinos generosos.

CASA FUNDADA EN EL AÑO 1816.

GRAN MEDALLA DE ORO
en la Exposición de París de 1878.



DESPACHO ÚNICO: Malcocinado, núm. 6.
SU FÁBRICA: San Toribato, 67.
Exijase la marca de fábrica.



Clinica oftalmológica.

Se ha establecido en esta capital con residencia fija el distinguido y célebre oculista D. Maximiano Marban en la calle de la Renova, núm. 25.

Recibe la consulta desde las nueve de la mañana hasta la una de la tarde.

En la primera visita serán desengañados los que no tengan remedio.

Los pobres de solemnidad serán admitidos a ella gratuitamente.

HOJALATERIA DE URBANO ALONSO.

CARCABA, 28.

Constructor de bombas para extraer agua, aspirantes é impelentes, subiendo por hora 600 cántaros.

Se encarga de toda clase de trabajos con toda perfección y prontitud a precios económicos.

ACADEMIA DE MÚSICA

VOCAL É INSTRUMENTAL

DIRIGIDA POR EL

Profesor D. GALO P. Y PERER, Arco de San Ildefonso, núm. 2. Se dan lecciones á domicilio.

ALMACÉN DE MADERAS

DE

CLAUDIO ANDREU

Cabañales.—Zamora.

En dicho almacén hay siempre un buen surtido de toda clase de maderas del Norte y Soria, nogales y robles, á precios económicos, y se sirven á domicilio.

La Sevillana, fábrica de jabon.—Despacho por mayor y menor, calle de la FERIA, 2.

CAFÉ NERVINO MEDICINAL

Maravilloso secreto árabe exclusivo del Dr. Morales.

Cura infaliblemente los padecimientos de la cabeza, incluso la jaqueca, los males del estómago, del vientre, los nerviosos y los de la infancia en general.

Se vende a 12 y 20 rs. caja, para 20 y 40 tazas, en las principales farmacias de Madrid y provincias.

Dr. Morales, Carretas, 39, principal.—Madrid.



GRAN SALON-PELUQUERÍA DE EMETERIO DE MENA GARCÍA,

3—SANTA CLARA.—3.

Se afeita, corta y riza el pelo.

Se admiten abonos.

Construye y reformá postizos de señora y caballero.

Especialidad en peinados para soirées.

Píldoras de Lourdes

PURGANTES ANTI-BILIOSAS, DEPURATIVAS.

De acción fácil y segura, toleradas por los estómagos más delicados.

Se vende á 6 rs. caja en las principales farmacias.

Depósito: Dr. Morales, Carretas, 39.

PÍLDORAS DE LOURDES.



ANTIGUO PARADOR DE LOS COCHES

DE

JOSÉ PACHECO

18. Plazuela de la Rinconada. 18.

VALLADOLID.

CASA EN VENTA.

En el barrio de Cabañales se ofrece en venta una casa de buenas condiciones colocada á uno de los lados de la carretera.

En la dirección de este periódico darán razón.

AVISO IMPORTANTE.

SANTANDER.—CASA DE HUÉSPEDES.

Calle de San Francisco, núm. 23.

El Zamorano Bartolomé Fresno ofrece á sus paisanos y demás favorecedores que visiten estas playas la mencionada casa, situada en la calle más céntrica de Santander y en la que encontrarán buen trato, espaciosas y cómodas habitaciones por el precio de 5 á 6 pesetas diarias, incluidos los billetes para el tranvía al Sardinero.

GABINETE DE CONSULTAS Y OPERACIONES

DE LOS LICENCIADOS

EN MEDICINA Y CIRUJÍA

D. Niceto Rivera y D. Francisco Blanco.

HERREROS, 39, 2.º

Se reciben consultas todos los días de once de la mañana á dos de la tarde.

Los miércoles y sábados de cuatro á cinco y media de la tarde, serán admitidos los pobres sin retribución alguna.